

Centralismo y partido*

Dorna, Alejandro

Alejandro Dorna: Sociólogo y Sicólogo. (Univ. París)

La sociedad contemporánea está teñida de un principio santificado por teóricos y empiristas: la centralización.

Los sistemas económicos, hasta hace muy poco, basaban su eficacia y rendimiento en una rígida centralización planificada.

Al mismo tiempo los cerebros de la especialización rendían culto a esa encarnación del pensamiento de las élites renacentistas. Era la exaltación de los tiempos modernos, la época del progreso ininterrumpido y el ascenso del confort.

Los grupos sociales dominantes se regocijaban por el avance de la automatización y la vertiginosidad del mundo.

Todo fue empapado por esta concepción.

El Estado devino un poder omnipotente, centralista y burgués. La concentración de la infraestructura económica y el poder que de allí emanó reclamó su correlato a niveles diversos.

La política y sus mecanismos, no escaparon a esta tendencia general.

El principio de autonomía fue relegado a la categoría de fantasma maligno, como un sinónimo de atraso y oscurantismo propio de la edad media ¹.

Los partidos políticos y su participación en los cambios sociales surgen, en los tiempos modernos, como una necesidad de homogeneizar las fuerzas, tras una determinada doctrina y un programa. Sus estructuras organizativas tendieron poco a poco a subrayar los poderes, jerarquizándolos a través de algunos estamentos internos: ejecutivos, comités directivos, comités centrales y otros. La

¹Gustav, Landauer: La revolución. Ed. Proyección.

armazón jerárquica y el poder vertical se impusieron como una economía de esfuerzo, una mayor eficiencia y celeridad de ejecución.

En la actualidad los índices contradictorios de aquella concepción se han ido sumando de tal manera que permiten vislumbrar las debilidades de estos planteamientos.

Cierto es, que trazar una perspectiva de análisis tan breve corre el riesgo de caricaturizar la realidad. Sin embargo, es preciso replantear la problemática del centralismo.

El partido político es una de sus dimensiones.

Las medidas de centralización que se observan en los grupos y partidos políticos, marxistas fundamentalmente, tienen un par de soportes reales; aunque pretendan ser estampados en forma absoluta como un **disfraz** para sus errores y sus vicios. Por una parte se **esgrimen** las características de semilegalidad o franca ilegalidad en que se debe desenvolver la acción de un partido que lucha contra el orden reinante, luego se agrega que tal organización debe asemejarse a un ejército de hombres conscientes sometidos a una férrea disciplina.

Sin duda, dirán los sostenedores de esta tesis, que la libre expresión de sus miembros no se coarta, ya que se impone un paliativo eficaz: "un centralismo democrático". Su fundamento radicará en la voluntad común de alcanzar determinadas metas, en la conciencia lúcida de los medios por utilizar y en la amplia discusión interna ².

La idea matriz se apoya en que la democracia partidaria consulta la **subordinación de la minoría a la mayoría** para dar paso a la acción de conjunto.

A grandes rasgos éste es el esquema que conforma "exteriormente" al partido bolchevique en Rusia y posteriormente a su triunfo con la Revolución de 1917 sirvió de modelo a los diversos partidos comunistas.

El derrocamiento de la autocracia rusa y el triunfo de los métodos del partido bolchevique ofrecieron al mundo una ruta insospechada. La expectación fue general. **Incluso la sorpresa fue compartida por los propios protagonistas de la Revolución. Lenin pocos meses antes de la insurrección, en una conferencia a**

²Roger Garaudy: Humanismo marxista. Ed. Horizontes. Buenos Aires.

socialistas suizos, cifraba sus esperanzas en las nuevas generaciones para alcanzar el triunfo revolucionario ³.

No obstante el correr del tiempo y la consolidación del poder soviético fueron, cada vez más, proyectando una determinada visión de los hechos pasados, (numerosos debates y polémicas, realidades históricas tales como el papel de los mencheviques y otros grupos, el caso de Trotsky, etc.), sufrieron una **metamorfosis bizarra**. Al mismo tiempo el futuro era sometido, con la óptica triunfante, a un planeamiento sistemático.

El edificio del presente determinaba el porvenir y el sentido del pasado. De allí nacía un modo de comportamiento, tanto humano como político, que con el transcurso de los años ha mostrado ser fuente de vicios y monstruosas deformaciones que nada dicen de un régimen socialista.

Los seguidores del esquema del partido centralista se han **atrincherado** tras el prestigio de una revolución triunfante sin dilucidar a cabalidad los acontecimientos posteriores, la raíz misma del problema y las posibles salidas satisfactorias para la transformación auténtica e ininterrumpida hacia la sociedad sin clases.

No se trata, sin embargo, de replantear el problema en un terreno bizantino o de arqueología teológica, por el contrario tan sólo señalar la mistificación hecha alrededor de las razones, particulares y objetivas, que han determinado una estructura y una metodología partidaria. Ahondar en las situaciones que influyen para abrir un abismo entre la imagen teórica del partido y su imagen real.

Constatando una vez más que tomar esquemas prestados raramente permiten dar cuenta de nuevas realidades, pues el quehacer racional es producto de un detenido examen tanto de las experiencias pasadas como del presente.

Porque la experiencia histórica si bien no ha negado la legitimidad de las medidas de seguridad con que se debe rodear un partido revolucionario, ha permitido la comprensión de numerosos defectos y errores que no deben repetirse.

La crítica sostenida es el primer **peldaño** hacia nuevas formas de acción, extraída de la propia realidad e idiosincrasia de las masas que la deberán sustentar.

³Ver: La Nueva Clase de M. Djilas. Ed. Sudamericana. Pág. 46.

Los rasgos monolíticos, la jerarquía todopoderosa, la falta de información a las bases, la desvinculación con las clases motrices del cambio social, forman el ambiente propicio para la burocratización y el espíritu de secta: el dogmatismo tiene allí su cuna original.

No es casual que los torneos o congresos en los cuales se pretende esbozar una línea política general se transformen en un monólogo incesante de las corrientes voluntaristas, sin una réplica adecuada de los sectores más conscientes. La impaciencia por actuar tiende inevitablemente a desestimar la polémica y a facilitar la irrupción de las posiciones más beligerantes. El resultado final son direcciones autoritarias, la falta sistemática de información y discusión interna.

Un partido o grupo puede medir el grado de viciamiento de sus sistemas de discusión, justamente a través de la improductividad teórica de sus debates y en la aparición de acuerdos generales casi tácitamente aceptados, en el marginamiento progresivo de sus mejores cuadros políticos y en la consagración de criterios fundamentalmente pragmáticos. **Porque cuando no hay nada que decirse, el único vínculo de unión es el hacer.** De allí la irracionalidad de muchas medidas que cuentan aparentemente con el acuerdo mayoritario de la organización. El temor al aislamiento y la consiguiente impotencia política permiten que se transgredan principios y aumenten las miopías. El anatema o la expulsión de un partido, tiene en los medios políticos el significado de una medida punitiva semirreligiosa.

Las corrientes burocráticas, del período de formación y luego de consolidación en el poder, tienen en la estructura centralista su mejor apoyo. El militante "full-time", el profesionalizado político, aquel que hay que observar con respeto porque se agita acompasadamente noche y día, auscultando hasta los últimos suspiros de la organización, crece y se desarrolla desde un polo de auténtica entrega y sacrificio, hasta aquel otro de intereses y mantención del poder.

Todo poder, actualmente, está basado en las medidas de centralización.

Nadie que detente el poder permite con facilidad la existencia de mecanismos que eliminen o limiten tal poder, y puesto que el poder por principio es irresponsable, el sujeto o el grupo que detenta la autoridad del poder, pretende encontrarse fuera de toda crítica. Así, dentro del partido. La regla se invierte: el camino pasa a transformarse en meta, es un fin en sí. Las críticas son intoleradas, la autocrítica es eliminada de la praxis pero ventilada en discursos y proclamas. Se huele a

incienso. Aunque algunos líderes hagan uso de la autocrítica, lo harán en un sentido exhibicionista y autoflagelatorio como instrumento para justificar errores y mantener en la penumbra la razón de ser de sus actitudes y de este modo arrebatar la iniciativa a sus opositores o simples no incondicionales. El paso está dado: la demagogia y el verbalismo son coronados congreso tras congreso. El ánimo crítico decae. Los mejores elementos son arrinconados paulatinamente, mientras la maquinaria centralista propicia convenciones y ampliados, conferencias y congresos, con la íntima satisfacción de contar con una oposición fantasma para demostrar la existencia de una democracia interna que a todas luces es una farsa. El mito es alimentado a través de infinidad de recursos. El lenguaje de algunos líderes (cuando son cínicamente inteligentes), se remonta inusualmente a las raíces más intrincadas de ortodoxia. La ideología se transforma en "citalogía". Los documentos de discusión, en visiones cinematográficas, del momento. Los análisis políticos, en hojarasca multicolor. Todo se vuelve certidumbre y trascendencia. Es necesario empaparse de los contenidos oficiales, estar "claros" sobre la línea del olimpo dirigente. El militante recién incorporado recibe una visión retorcida y superficial, ha comenzado un largo proceso de ayuno ideológico, el cual sólo será combatido por el tiempo y las experiencias frustradoras. Mientras, un germen ambiental paraliza a los más capacitados políticamente, permitiendo el ascenso de aquellos que profesan con mayor celo la incondicionalidad.

Así, el partido que surgió como una promesa de liberación se vuelve un instrumento enajenaste. El lema del militante será: servir y obedecer. La disyuntiva es lacerante: Actuar o no actuar. El terror a quedar marginado de la organización, "de la única arma posible para cambiar la sociedad", atrapa con ataduras invisibles a la gran mayoría de los opositores del centralismo y la verticalidad. Incapaces de resistir la necesidad de seguridad que ofrece el grupo partidario, se verán embarcados, cada vez más, en una política que no es la de ellos pero de la cual no pueden renegar. El apego a la bandera se exhibe como una justificación risueña. El fondo permanece oculto, el deseo de libertad y autonomía se marchitará inevitablemente.

En otras palabras, el quehacer cotidiano, ese trazar un futuro nuevo; ese montarse en la historia, es cada vez más ciego, cada vez más irracional, cada día más dependiente de las órdenes de una jerarquía que ha ido paso a paso reemplazando las fuentes de su poder original, las bases, con nuevos y más complejos estamentos intermediarios (aparatos de información, propaganda, comisiones anexas a comités, etc.) hasta llegar a formar reducidos cenáculos de decisión, en los cuales

generalmente se percibe la figura de un dictador solapado, cuando no de un clan familiar.

Estamos en presencia de un socialismo de la servidumbre, de un autoritarismo y un centralismo que nada tienen de dinámico ni eficaz. Es la imagen patética de la misma sociedad que se quiere destruir: sometimiento y utilización del hombre por el hombre.

Las prácticas a través de las cuales se desenvuelve el centralismo de una organización política son variadas, inciden fundamentalmente sobre los aspectos de estructura, como resultado de la ambigüedad intrínseca del concepto acuñado por el leninismo: el centralismo democrático.

//

La masa de trabajadores, las llamadas clases motrices, es el campo (o debe serlo) de la actividad de la organización, puesto que de allí se nutre, es parte de ella. Sin embargo, bajo el imperio de la centralización se observa cómo las decisiones más pedestres se toman alejadas de ese contexto. La inexistencia de líneas claras y posibles en los diferentes frentes de agitación, que permita un desarrollo autónomo y armónico, es un índice más del sometimiento a una voluntad elitista.

El revolucionario, cuando es auténtico, debe presenciar una dicotomía falsa: o discurre con las reales capacidades ante los problemas atinentes a su actividad o debe permanecer a la espera de toda suerte de instrucciones, es decir estar siempre vigilante ante posibles acciones que no concuerden con la disciplina. Esto equivale a renunciar a toda posibilidad creativa, a transformarse en recadero o peón de tal o cual comité o dirección. En suma: a ensanchar el camino de la domesticación y la dictadura. De esta manera su quehacer ya no le pertenece y se encuentra enajenado de decidir y crear, de dudar y aprender.

Simultáneamente se descubre de esta manera un ingrediente tenebroso, la desconfianza organizada de los organismos superiores hacia los inferiores. La existencia de militantes de varias categorías. Los roces y recelos. Finalmente todo está cargado de rivalidad, las relaciones interpersonales se encuentran deterioradas desde la raíz. La historia demuestra que estos son los síntomas previos a la aparición abierta de las purgas y los aparatos de represión interna. La desconfianza en la capacidad de los sujetos, en su creatividad y autonomía (dentro de una línea probada por todos) se transformará en caso de triunfo en la persecución desenfadada a las herejías.

Como consecuencia de este mecanismo de desconfianza interno, aparece la tendencia a exaltar la imagen de determinadas figuras, a señalarlas como imprescindibles. El líder o los líderes toman el papel de las masas cuando éstas se encuentran más vacilantes. Y no es difícil, entonces, comprender por qué las iconografías oficiales hacen malabarismos para mostrar a determinado prócer repartiendo espadaños a diestra y siniestra, corrigiendo desviaciones, castigando traidores y señalando el norte sin ningún equívoco.

El caudillo ungido por el candor de la historia y la acción de los intereses, mantendrá entre sus dedos o pretenderá tener todos los hilos del tinglado.

Esto implica una sobrevaloración del papel de los aparatos propiamente administrativos por sobre los destacamentos de combate.

El motor de la lucha de clases, la clase trabajadora, es sistemáticamente amordazado. El instinto de la clase no es suficiente en la mayoría de los casos para desembarazarse de tales trabas.

Un ejemplo reciente fue la actitud del proletariado francés en las jornadas de Mayo 68, quien, pese a las posibilidades revolucionarias que se abrieron, mantuvo en general su obediencia a los partidos de corte tradicional. Así, el P.C.F. apareció una vez más como demasiado débil para hacer la revolución, pero demasiado fuerte como para que nazca otro partido de combate. Los mecanismos que secreta la centralización pueden dar cuenta de esta paradoja.

Este proceso de parálisis interna se da ante la imposibilidad de dar voces de mando en los momentos decisivos, cuando es imposible demandar recetas a la "curia" partidaria, en el instante mismo en que el revolucionario debe dejar de ser un miembro marginado de la sociedad para transformarse en un gran organizador. En aquel minuto histórico preciso, implanificable, tan sólo posible, de irrupción social. Situación frente a la cual, la organización revolucionaria debe responder con una militancia consciente y homogéneamente madura. La apertura de la conciencia social de las clases en el momento del clímax social ⁴, se da en forma precipitada, galopante; por ello cada individuo del grupo revolucionario debe saber a plenitud sus responsabilidades y estar en condiciones de crear, mandar y obedecer, organizar y combatir. El centralismo es uno de los mayores obstáculos para tales comportamientos, es una gangrena que superficialmente mantiene una actividad

⁴G. Lukacs: Histoire et Conscience de Classe.

vertiginosa aunque internamente esté carcomiendo la madera del futuro: la iniciativa de todos y de cada uno.

La rutina es su consecuencia directa.

El mito de la infalibilidad de las direcciones y sus métodos de mando, corre parejo a la leyenda del partido. La consigna es grabada y transmitida rítmicamente: el partido siempre tiene la razón, el partido nunca muere⁵. El poder de allí emanado tiene esa aureola. Los dirigentes se sienten depositarios y distribuidores de esa verdad. Así, la masa deberá idealizar a la secta disfrazada con ropajes de partido, como algo que vale por sí mismo.

Aun cuando el partido centralista no conquiste el poder, su misma actitud - irremediablemente burocratizable constituirá una barrera poderosa en la ruta hacia la sociedad nueva.

Quizás, la vorágine de una revolución coloque las premisas del centralismo a la orden del día, pero el peso de sus contradicciones y el sello que las caracteriza, es decir la voluntariedad de poder y autoridad, serán frenos poderosos cuya resultante provocará el desencanto entre las filas revolucionarias y represión entre las masas. La aparición de una capa tecnocrática y de activistas privilegiados no se hará esperar.

El partido succionará paso a paso los pilares mismos de la democracia directa, asumiendo el control de las organizaciones sindicales y de todos los aparatos administrativos del nuevo Estado.

///

La configuración de la arquitectura de una organización política de nuevo tipo, es decir un arma de transformación social, surge de múltiples factores sicosociales, cuyas raíces se hunden en la sociedad de origen. En su seno se deberán amalgamar los mejores elementos de la clase trabajadora e incorporar los rasgos positivos de la sociedad en su conjunto, para de allí elaborar con nuevos materiales, actitudes y conceptos la nueva sociedad.

Un partido para que sea tal, más aún cuando su ideario es socialista, debe saberse depositario de un legado histórico y de una tarea por realizar, pero jamás autotitularse como institución en sí, absoluta. El partido es un momento de la

⁵A. Dorna: El Apra. (Art. Ultima Hora, Julio 65.

historia y de la dialéctica social, por lo tanto nace, vive y muere en tanto es una herramienta social. Su objetivo es ser agente de cambio. Sin perpetuarse ni erigirse en poder. Más bien debe propender a crear en su interior los mecanismos necesarios para nunca verse consolidado como institución.

El salto al reino de la libertad constituye una meta que debe estar correlacionada con los medios para alcanzarlo.

El centralismo, la autoridad todopoderosa y la verticalidad, viejas practicas paternalistas, se han demostrado ineficaces y frustrantes. Un peligro grave es aceptarlas como una necesidad para luego lentamente imponerlas como una virtud. Los marcos teóricos y los argumentos podrán ser retorcidos hasta la saciedad, sin embargo tal justificación no hará más que congelar en un sistema de ideas las razones concretas de tal proceder, ocultando a sabiendas o no que se puede hablar de socialismo, marchar hacia él, hacer una revolución, y no llegar a consolidar una nueva sociedad.

Los trasplantes de recetas políticas no han hecho otra cosa que oscurecer la única posibilidad de reencontrar soluciones propias. Amparadas tras una nebulosa doctrinaria, en la cual las palabras parecen cobrar vida, los hechos cotidianos son forzados a ubicarse dentro de moldes burdamente calcados. El buceo dentro de la problemática propia se va tranquilamente asfixiando.

La urgencia de poner en marcha un motor de transformación social ha hecho de la inmediatez una ley. El desprecio a la teoría-guía-para-la-acción, exaltando esta última a la cima de categoría-absoluta, encubre en la mayoría de los casos una incapacidad de respuesta.

En la búsqueda de un unguento absoluto se pierde la perspectiva de la acción real de cada instante, se pretenden violentar los acontecimientos en forma aislada, frenética: gritona. Estamos frente a un idealismo histórico aberrante. La justificación se descubre en una neodialéctica, en un puzzle de argumentos; en una lógica coherencia propia, a través de la cual se amontonan, heterogéneamente, argumentos que en su contexto natural son claramente contradictorios. Vemos un desfile pintarrajeado, colecciones de citas, artículos sesudos atrincherados tras tal o cual ideología en boga. Pero sin una amarra sólida ni el esbozo de una metodología y teoría consistente, capaz de ser comunicada a todos.

Es por esto que la noción de partido deviene en una caricatura vacía, una máquina trituradora de voluntades. Hoy en día, con ciertos resultados a la vista, numerosos años de experimentación y sacrificios, es imposible mantener planteamientos prefabricados, ni generar estructuras impuestas.

La sofisticación y ceguera que existen en torno a los problemas de la concepción del partido, como liberador social, tiene en la interpretación de la democracia su punto conflictivo. Para abreviar, el concepto de democracia generalmente se ha visto envuelto de la fraseología de la clase dominante. La burguesía triunfa haciéndolo suyo, hoy impera a través de esa óptica, como democracia de clase y para una clase. Sin embargo, es necesario reentender el sentido del concepto democracia tanto en lo macrosocial como en la vida interna de toda agrupación humana, con mayor razón cuando se trata de una organización de tipo político cuyas metas son una sociedad renovada.

El verdadero papel revolucionario de la democracia se subestima y la libertad no permite las transacciones ni otro tipo de inconsecuencias.

Una constatación básica de la razón de ser del socialismo es aquella que admite que todos los sujetos deben ser soberanos, plenos, libres. Todo lo cual no significa reivindicar el individualismo liberal, sino por el contrario, reclamar la necesidad de despertar las individualidades, desarrollar la capacidad creadora y de asombro: hacer el hombre nuevo.

El partido que no tome estas características de la nueva sociedad por construir ni siquiera podrá ser considerado como un medio para tal fin. Porque pese a que la sociedad socialista aún no sea real, pese a que la sociedad se rija por los patrones capitalistas, esto no justifica que el partido de nuevo tipo alimente los mismos vicios de la sociedad que quiere combatir. Es necesario que cada miembro sea al menos potencialmente un hombre nuevo y que luche por serlo. El rol de la democracia interna que no es más que un paso a la democracia socialista en la sociedad en su conjunto se descubre en toda su importancia. Vale decir, los sujetos podrán ser capaces de decidir lo que hay que hacer y cómo hacerlo conjuntamente con los demás, y no aislados en un rincón, cada uno solo con sus imágenes y deseos. La democracia interna entendida de tal forma no implica ignorar la disciplina, por el contrario, la sitúa en su justo nivel: la hace consciente.

Las medidas de coerción y mando imperativo pueden servir para condicionar esclavos, jamás al hombre integral. Además, la democracia no se reduce a un mero

gobierno de la mayoría con respecto a la minoría, sino que debe ser capaz de cristalizar las opiniones del grupo. El liderazgo, en tal medida, ocupa su dimensión real: coordinador de las decisiones del grupo. Representante y mandatario, pues el sentido de la acción y la toma de las decisiones serán obra del conjunto y no de una minoría dirigente a nombre del grupo. La relación del partido hacia su clase debe ser en igual forma, es decir, se obra en función de la clase y no en su nombre ⁶.

A su vez, las características de personalidad de un líder, como del partido en relación con la clase motriz, pueden alterar las más bellas intenciones. Un líder de tendencia autocrática, autoritario y autosuficiente, tenderá a utilizar rígidamente las medidas de centralismo y verticalidad. Es su propia razón de ser, es decir: la búsqueda y la proyección de sí mismo en el grupo o la sociedad. ¿La existencia de grupos con tendencia al autoritarismo puede ser producto tanto del ritmo impuesto por un líder autoritario, o bien el líder es producto de las necesidades autoritarias y rechazantes del grupo? Estas interrogantes y constataciones nos llevan a insistir en la necesidad de ser vigilantes hasta el cansancio en las medidas de saneamiento y ejercicio de una auténtica democracia interna. Recordar a cada paso que se pretende construir un medio adecuado a un fin, que tal fin requiere apoyarse en ese medio para ser realidad, y que el uno y el otro son una continuidad dialéctica que no puede negarse a sí misma. El fin no puede justificar los medios, ya que ambos son una y la misma cosa a diferente nivel de integración.

Las experiencias acumuladas sobre el rol del partido, dentro del proceso de transformación social, tienden a señalar cuán precarias son las técnicas de organización que se utilizan corrientemente. Por una parte existe el apego a las tradiciones de la llamada vida partidaria y por otra la falta sistemática de imaginación. La mejor excusa con que enfrentan los acontecimientos es la escasez de recursos. No obstante, gran cantidad de los mejores elementos del punto de vista intelectual y humano son desaprovechados, soslayados, cuando no despreciados. El funcionario siente en la piel su mediocridad y será siempre temeroso de perder su pequeño poder. Su movilidad pretende ser titulada de proletarización y su desprecio al intelectual, o a sus no iguales, en rechazo al espíritu burgués. Los mecanismos defensivos jamás dejarán de auxiliarlo, en los casos que llega a ser capaz de razonar. Son las ofrendas menores que se pagan a diario al centralismo y a la autoridad vertical.

Esta concepción singular del socialismo, hecha carne a través de los partidos de corte centralista, tiene en la fascinación ante la imagen del poder su mejor

⁶R. Luxemburgo: Democracia y Dictadura. (Los marxistas. W. Mills).

explicación. El hombre subyugado por el poder, tan sólo pretenderá destruir uno para reemplazarlo por otro supuestamente nuevo⁷. En sustancia, se está amortajando la meta, la posibilidad de una sociedad con seres auténticamente libres.

La prédica de combatir el poder con más poder es la consecuencia lógica del combate de la irracionalidad con otra mayor.

Porque las concepciones actuales, teórico-prácticas, de los estilos partidarios, de su esencia dinámica y su estructura orgánica, de sus límites de rigidez y flexibilidad, se encuentran en discordancia con las reales necesidades de un cambio social que demanda, cada vez más, canales de autonomía y satisfacción. Es necesario, pues, cuestionar a fondo y hasta sus raíces la verdadera función que debe cumplir un partido cuando se quiere renovar.

Para nadie es un misterio en ciencias sociales que algunas experiencias hechas en grupos han demostrado que la correlación entre centralismo y satisfacción es negativa. Al mismo tiempo que, si bien el grado de eficacia es mayor en relación con otros grupos no centralizados, a la larga, los sujetos que cumplen el papel de receptores centralistas llegan a un grado de saturación tal que el progreso, o la ventaja alcanzada, se anula, llegando incluso al caos más completo.

En los tiempos actuales es casi imposible pretender a niveles orgánicos normas de acción permanentes y rígidas.

La velocidad del desarrollo de las contradicciones, su formulación y desplazamiento, es de tal carácter que las instituciones, los partidos en este caso, son incapaces de absorberlas a plenitud. Por tanto, se encuentran constantemente rezagadas, incapaces de dar respuestas de conjunto a nuevas demandas.

Las normas estereotipadas, gastadas por el uso y el abuso, hacen necesario abrir la polémica, reivindicar el papel de la teoría para responder en forma seria a las exigencias del momento, a los vicios y deformaciones. La discusión en torno al concepto de partido tiene en la disputa centralización versus descentralización, su llave maestra.

Una toma de posición descentralizadora será positiva, en tanto se creen las condiciones para una discusión plena, con un adecuado sistema de informaciones

⁷J.A.C. Brown: La sicología en la industria, (F.C.E.).

que recorra toda la organización. En tanto el espíritu que anime a los individuos esté constituido por lazos reales de cooperación y solidaridad, que permita un libre juego de posiciones y tendencias, dentro de un denominador común.

La existencia de tendencias, incluso organizadas, dentro de un partido no deben conducir a discusiones bizantinas que paralicen el trabajo común, por el contrario deberá tender a agilizarlo, puesto que son la expresión misma de una realidad multifacética: los hechos sociales y su interpretación no son axiomas matemáticos.

IV

Las medidas de generación o regeneración de todo partido de cuño socialista deben partir de su relación estrecha con la clase motora. Simultáneamente, a través de un detenido examen de las características de la sociedad, es decir, del momento histórico que se vive. Las postulaciones abstractas son puntos de referencia, sólo tienen validez en cuanto se las verifique día tras día con la realidad.

Un movimiento si se desea socialista, vigilante ante los peligros de sojuzgamiento y burocratización, deberá hacer nítido a sus miembros el sentido objetivo del porqué de sus acciones, actitud y conocimientos básicos para la larga marcha hacia la sustitución de una sociedad por otra.

El papel de la descentralización está ligado a la esencia y al carácter futuro, tanto de la organización como de la sociedad nueva. Descentralizar y delegar poderes a los miembros de la organización es de vital importancia, en cuanto se debe propender a ser la encarnación, ahora y aquí, en la medida posible, de la sociedad por venir. En cierto modo: prefigurar la comunidad socialista por nacer.

Una descentralización paulatina demanda:

- a) Comprender que el conjunto de varias decisiones buenas, vale más para un grupo y para todo el mundo, que las decisiones tomadas por un organismo rigurosamente centralizado.
- b) Que la organización tenga objetivos generales, una adecuada red de comunicaciones, una política bien definida en cada frente y mecanismos de control que sean conocidos, comprendidos y observados. Esto no implica necesariamente una uniformidad férrea en los métodos de realización de las tareas.

c) Una responsabilidad proporcional al poder de decisión de cada uno; es decir, se hace necesario un sistema de ubicación de cada sujeto al frente de las tareas que más le interesan y ante las cuales mejor responde.

Los aspectos antiformales que encierra la descentralización y la disminución del valor de la autoridad, en ningún momento niegan las eventuales demandas que pueden surgir de improviso a una organización, máxime cuando lucha contra el statu quo, y que podrían ser calificadas de centralistas con un criterio chatamente ortodoxo. Por el contrario, el sentido de estas medidas jamás podrá entenderse como el reemplazo unilateral de un dogma por otro. La divisa que guía el interés por la descentralización debe reconocer que hay momentos en que la tarea principal se traslada al centro porque lo exigen las acciones por realizar, pero al mismo tiempo debe evitarse que este hecho circunstancial se extienda más allá de sus límites objetivos y temporales.

Para ganar más libertad, cooperación y solidaridad dentro del movimiento y de éste con la clase, es preciso liberar la iniciativa y la confianza en el hombre, en todos los niveles, evitar el tutelaje autoritario. Reconocer y enseñar que la transformación social no tiene recetas santificadas; a lo más, enunciados generales.

Los fenómenos sociales son plurideterminados, parten de un pluralismo que es propio a la realidad, por lo tanto es lógico pedir tal enfoque para abordarlos. Una actitud simplista generalmente desemboca en una tragedia. Un monolitismo para enfrentar las determinantes sociales y sus soluciones: un crimen.

Las imágenes que configuran la realidad de un partido, muchas veces actúan inconscientemente y a priori, desplegando una cortina pegajosa sobre la realidad. Se concibe el todo olvidándose de los cuerpos que lo constituyen, de sus diferencias y desniveles. Se parte de un óptimo sin tenerlo. Podemos preguntarnos: ¿acaso no es un hecho que una escuadra militar (bloque organizado y único en sus movimientos) no puede avanzar más rápido que el más lento de sus hombres? El grupo social-político tiene características semejantes, es un cuerpo dinámico, en movimiento, sin embargo no podrá actuar en tanto sus componentes no posean la claridad meridiana del porqué de sus pasos, del dónde conducen y cómo darlos coordinadamente. Este principio fundamental, en última instancia, define a la política como una ciencia social.

Porque no se trata de alargar la caravana, desde los olimpos dirigentes a los subterráneos para galeotes, ni de los planes teóricos ampulosos a los empiristas

puramente eficientes. Un sentido de integración y homogeneización, y la liberación de la rutina y la subordinación, serán la mejor respuesta al submundo esquizofrénico en que se convierte una organización sometida a los regímenes centralistas y autoritarios.

La centralización exige a los que mandan, de explicar y explicarse a sí mismos las razones y los objetivos: la descentralización los obliga. Todo esto, ¿implica que no habrá nuevos vicios y errores? Una afirmación a priori corre el riesgo de ser falsa. No obstante, se recupera la responsabilidad del poder. Así, como la iniciativa que se pide no puede existir sin responsabilidad, ésta no puede operar sin sanción.

El derecho a error, a "meter la pata", debe ser considerado no como una maldición sino como algo dentro de lo posible. Los niveles de responsabilidad sancionada dan cuenta de esas situaciones. El poder deviene de esta manera algo aprehensible y censurable, real y concreto, cuya responsabilidad es posible visualizar en cada acto, ya que es compartida por todos y cada uno.

El mito del poder se comienza en esta forma a desvirtuar.

La jerarquía por la jerarquía pierde su sentido de existencia.

El status interno es llevado a su nivel real, es decir a la capacidad de cada uno.

La concepción de partido está en los indicios de una verdadera desmistificación.

El clima enajenante que rodea la organización partidaria, dejará de serlo en tanto se la conciba como una estructura anti-institución ella misma.

En suma, el plantearse el cuestionamiento de las funciones y estructuras del partido como institución política es un principio tanto de higiene mental como social. Implica resistir el mito que rodea la imagen del poder, no dejarse ganar por la histeria colectiva, por el romanticismo de la bandera, por la intolerancia per se: significa mantener vigilante el espíritu de la desobediencia frente a una obediencia ciega y mezquina. Esto es, responder a las manifestaciones de infalibilidad del poder centralista, a la ideología monolítica. En otras palabras defender el derecho de la herejía frente a las cadenas de la ortodoxia. No olvidando nunca que el poder, y toda agrupación o institución, son tan sólo un medio, y que su fin es suprimirse.

Desde el punto de vista de la evolución global de la sociedad, se trata de arrancar todo poder al poder. Y desde la práctica cotidiana que nos hace darnos metas por cumplir en el ahora y aquí, la formula apetecible es: mientras menos poder, mejor; mientras menos autoridad, mejor.

Referencias

- *Landauer, Gustav, LA REVOLUCION. - Ed. Proyección; Mills, W. -- El Apra.
- *Garaudy, Roger, HUMANISMO MARXISTA. - Buenos Aires, Argentina, Ed. Horizontes; Democracia y dictadura.
- *Anónimo, LA NUEVA CLASE DE M. DJLLAS. p46 - Ed. Sudamericana;
- *Lukacs, G., HISTOIRE ET CONCIENCE DE CLASSE. - 1965;
- *Dorna, A., ULTIMA HORA. - F.C.E.;
- *Luxemburgo, R., LOS MARXISTAS. -
- *Brown, J. A. C., LA SICOLOGIA EN LA INDUSTRIA. -